

Working Paper OP-5

*Desde la pared de vidrio hasta la otra orilla: El exilio de María Martínez Sierra*

by

Alda Blanco

March 5, 2004

**Abstract**

El exilio ha ocupado un importante espacio en el imaginario poético desde los estoicos , pero sólo desde hace unos quince o veinte años se ha reconocido como uno de los grandes fenómenos sociales y demográficos del siglo XX, resultado de las muchas guerras que han sistemáticamente desplazado a millones de seres humanos, y para Edward Said, que sufrió el destierro en carne propia hasta su muerte hace no mucho tiempo, el exilio es “strangely compelling to think about but terrible to experience” en cuanto que supone “the unhealable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted” (173). Palabras que pueden aplicarse perfectamente al exilio Republicano de 1939 que hasta hace poco ha ocupado casi exclusivamente la memoria de los refugiados que salieron de España al finalizar la guerra.

*Alda Blanco, Universidad de Wisconsin-Madison*

## **Desde la pared de vidrio hasta la otra orilla:**

### **El exilio de María Martínez Sierra**

El exilio ha ocupado un importante espacio en el imaginario poético desde los estoicos , pero sólo desde hace unos quince o veinte años se ha reconocido como uno de los grandes fenómenos sociales y demográficos del siglo XX, resultado de las muchas guerras que han sistemáticamente desplazado a millones de seres humanos, y para Edward Said, que sufrió el destierro en carne propia hasta su muerte hace no mucho tiempo, el exilio es “strangely compelling to think about but terrible to experience” en cuanto que supone “the unhealable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted” (173). Palabras que pueden aplicarse perfectamente al exilio Republicano de 1939 que hasta hace poco ha ocupado casi exclusivamente la memoria de los refugiados que salieron de España al finalizar la guerra.

En tiempos recientes y en lo que alguno ha llamado “el combate contra el olvido” (Casas y Urquijo 9), un puñado de investigadores e instituciones político-culturales españolas se han propuesto rescatar este exilio del olvido para así preservar la memoria cultural de lo que se ha llamado “la España peregrina” que durante tantos años había sido silenciada. Esta importante labor que se está llevando a cabo incluye la publicación de “La Biblioteca del Exilio” por el grupo GEXEL, la reciente exposición en Madrid escuetamente titulada “Exilio”<sup>1</sup>, y la creación de varias organizaciones dedicadas a la preservación de la historia del exilio entre las cuales sobresalen el Foro de la Memoria, la Asociación para la Reconstrucción de la Memoria Histórica (ARMR) y la Asociación para el Estudio de los Exiliados y Migraciones Ibéricas (AEMIC) en cuyas páginas web se encuentra valiosa información, fotos, y enlaces con fuentes de

documentación. De ahí que repasando los esfuerzos individuales e institucionales por mantener viva la memoria de este exilio, el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, refugiado en México, subraye que la importancia de este trabajo es que finalmente “España [...] recupera una parte de sí misma” (251).

Sin embargo y a pesar de estos esfuerzos histórico-culturales, resuenan todavía para mí las palabras de Said anteriormente citadas en las que quiere subrayar la diferencia entre lo que supone pensar acerca del exilio y vivir “la terrible experiencia” del destierro. La experiencia o vivencia del exilio republicano se ha registrado en testimonios orales, libros de memorias y autobiografías, y, por supuesto, en la abundante producción literaria. Un rasgo común de estos textos es que la inmediatez de esta vivencia ha sido filtrada a través de la memoria, que según María Zambrano es el único recurso del desterrado. Pero, como nos recuerda Tzvetan Todorov “uno de los aspectos constitutivos de la memoria humana es olvidar” (127). De ahí que si bien las elaboraciones literarias y los testimonios orales del exilio son textos indispensables de la memoria cultural, en este ensayo quisiera intentar aproximarme a la experiencia del refugiado/a, vivida en su inmediatez y cotidianidad para hacer un tipo de trabajo de memoria (memory work) que apenas se hace en relación a la diáspora republicana. Quizá sea esto así porque dada la problemática literario-filosófica del exilio la vida cotidiana del desterrado/a resulte ser chata o falta de interés en tanto que gira entorno, por ejemplo, a la incertidumbre económica, la búsqueda de trabajo y otros problemas de esta índole.

Nuestra autora, María Martínez Sierra parece ser que va encontrando su lugar en la historia literaria y política española, no tanto por haber producido un gran número de obras literarias y ensayos, ni por haber sido una destacada feminista en el primer tercio de siglo XX, así como diputada socialista en las Cortes de 1933, sino por su curiosa –y para mí explicable<sup>2</sup>–

decisión de adoptar el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra, como pseudónimo para su obra, argumentando hasta su muerte que los libros que aparecen con la firma “Gregorio Martínez Sierra” habían sido el producto de su colaboración con él. Pero si bien a partir de ahí poco a poco su labor literaria y política, bien sea como feminista o como socialista, ha empezado también a investigarse y escribirse, aun queda por explorar y reconstruir su largo exilio, que duró hasta 1974, fecha de su muerte rayando los 100 años <sup>3</sup>.

De hecho, rara vez se incluye a quien fue una importante dramaturga y ensayista feminista y socialista en la historia de los y las intelectuales refugiados/refugiadas de la guerra. Pero no voy a tratar aquí centralmente de su libro autobiográfico Gregorio y yo, escrito en el exilio y terminado en Buenos Aires ya cerca del final de su vida, sino de las cartas que escribió a su amiga y discípula María Lacrampe desde Francia y América. A diferencia de la elaboración literaria del exilio que encontramos en Gregorio y yo, en estas cartas podemos entrever la cotidianidad de su vida de refugiada a la vez que seguir las emociones, las ansiedades y las encrucijadas vivenciales y literarias de su largo exilio que, como en tantos otros casos, dieron forma a una vida que, a partir de 1939, quedó truncada, fragmentada. Cartas como privadas huellas materiales de una historia exílica que podríamos añadir a las de los escritores que ya de sobra conocemos—Alberti, María Teresa León, Max Aub,...—. Historia que, de hecho, se acopla no solo a la general problemática de los intelectuales del exilio, sino a la de todos los exiliados y que, por lo tanto, nos permite incorporar su figura a la historia de la España peregrina.

\*\*\*

\*\*\*

\*\*\*

El exilio Republicano de 1939 trae consigo, entre otras muchas cosas—reales y metafóricas—, los encuentros y desencuentros de vidas e historias de aquellas mujeres, hombres y niños que se vieron forzados a abandonar su hogar y tierra para poder sobrevivir después de

haber perdido una guerra. Vencidos, salieron de España como refugiados políticos, desterrados no sólo de un país sino, también, de un proyecto político y cultural, el de la España republicana. Como bien sabemos un gran número de los intelectuales, escritores y políticos republicanos— después de pasar una difícil y amarga estancia en los campos de concentración franceses Argelés, Barcarés, Saint Cyprien, Gurs—pudieron emprender viaje a los varios países de América que les dieron acogida, notablemente México, a donde fueron llegando en diversos barcos, entre ellos, el Sinaia (1,620) y el Mexique (2, 200). Sin embargo, María Martínez Sierra no se encuentra entre quienes fueron relativamente pronto a América, a pesar de que varios de sus más íntimos amigos y compañeros de partido habían salido al exilio mexicano. Como consecuencia, parece durante varios años haberse perdido o desaparecido para aquellos que habían compartido con ella importantes momentos políticos.

Aunque muchos fueron los desaparecidos en el éxodo de España y en el paso por los campos de concentración, no deja de sorprender que un personaje con el perfil de María Martínez Sierra, importante escritora, diputada, y representante de la República, pudiera haberse esfumado sin dejar al parecer huellas de su paradero. Si el que se quedara en Francia, como veremos, tiene una lógica explicación, su desaparición inquietó sobremanera a sus amigos Matilde de la Torre y Ramón Lamonedá, ambos compañeros de partido, que una vez establecidos en México, se dedican a buscarla, y después de una larga y frustrante búsqueda finalmente logran ubicarla en 1945 en Niza por medio de las gestiones de la Cruz Roja mexicana e internacional. Grande fue la alegría de María, según se lee en una brevísima nota suya dirigida a Matilde de la Torre, escrita a mano en el dorso de un certificado de la Cruz Roja mexicana y fechada 29-XII-44: “Alegría inmensa mensaje. Vivimos miserablemente. Yo casi ciega catarata doble. Sin dinero sin noticia de nadie. ¿Sabéis paradero de Gregorio?”. Una vez

reestablecida también la comunicación con Lamonedá, María le cuenta en 1945 que lleva 5 años “incomunicada con el mundo entero” al estar el pequeño rincón del mundo en donde vive ocupado por los Nazis.

A pesar de que su desaparición rayaba en lo inexplicable para sus compañeros de partido y amigos, el hecho de que no hubiese dejado Francia junto con ellos—aunque sorprendente y atípico—parece tener una explicación relativamente sencilla y de índole familiar: necesita cuidar de su hermana enferma, Nati, que vive con ella, primero en la casa de Cagnes (lugar en el cual a menudo había pasado temporadas desde principios de los años 20 para escapar del frío invernal madrileño que tanto la atormentaba) y después en Niza.

Pero, si la incomunicación que rayaba en lo inexplicable para sus amigos y compañeros en México es total, no ocurre lo mismo con su familia y ni con su amiga y discípula, María Lacrampe con la cual mantiene una fluida correspondencia a pesar de que durante los primeros años en que se escribe con ella ésta está presa en las cárceles franquistas. En estas cartas a Lacrampe, repletas de los borrones de las tachaduras de los censores Nazis, franquistas, y carcelarios y de lo que ella llama “nimiedades” (“Dirás, con razón, que de que chochees te hablo, pero ¿de que va una a hablar con triple censura” (21-V-44), es donde podemos leer, a menudo entre líneas, acerca de su vida en la Francia ocupada. Así, predominan en estas cartas noticias del hambre y frío que pasan las dos hermanas y agradecimientos por los paquetes de comida que han recibido provenientes de España.

Sabrás que hace unos días, llegó el resto del paquete: de las doce cosas que venían apuntadas en una lista, faltaban seis y media; y tan ricas! Creemos será el paquete que nos anunciabáis a primero de año al cual había contribuido Mari Pepa, porque venía jamón, chorizo y sardinas de lata y esas suelen ser especialidades suyas: si

es como pensamos el paquete ha estado cuatro meses en el camino: así es que el jamón, los chorizos y el turrón están bastante amojamados o, por mejor dicho, empedernidos: el jamón le partimos con cuchillo-sierra—pero estaba riquísimo y de los chorizos no digo nada: ya sabes que son mi pasión: el turrón se ha vuelto a convertir en almendra, pero con ello se le ha concentrado el sabor, y nos gusta horrores. El dulce de membrillo ha llegado perfecto: tu queso se le han comido ¡ay! sin duda en una de las tres aduanas. Nati le lloró y yo lloro el chocolate igualmente desaparecido, y las dos suspiramos por el jabón etc.etc. Esa agencia de Cèrbere por la cual envía el Sr. Catañón es una verdadera calamidad: de todo lo que habéis enviado por ella esto es lo primero que llega ¡y en que estado! Creo debéis abandonarla y buscar otro camino: los paquetes que enviastéis por Hendaya llegaron perfectamente y deprisa. Enviad paquetes más pequeños: siendo de sólo tres kilos se encarga de ello el correo y llegan mejor que los que por ser de mas peso circulan bajo la responsabilidad de los ferrocarriles. Los guantes—si llegan—aunque ya pasó el invierno, me vendrán muy bien para esconder mis manos que tengo destrozadas del servicio doméstico. (2-V-1944)

Terminada la guerra y habiéndose relajado la censura postal—por lo menos en el lado francés—aún mantiene en silencio las actividades, los eventos y las condiciones en que ha vivido.<sup>4</sup> A modo de explicación de lo que podría parecer ser la extrañeza de no escribir sobre sus experiencias durante la guerra y la ocupación, María en 1948 establece un paralelismo harto significativo: compara su silencio al de los combatientes que vuelven del frente y de los sobrevivientes de los campos de concentración. El que se identifique con ellos nos revela el trauma que ha sufrido en los años que no ha visto a su amiga:

Decía en una carta a mi casa que te escribiría para contarte mis penas: pero en cuanto me pongo a escribir, me es imposible: sin duda me consuela la mera idea de estar charlando contigo: no es que se me olvide lo desagradable que pueda sucederme, es que no me gusta hablar de ello ¿para qué? Cuando nos veamos (si llega ese día) tal vez te contaré impresiones tristes, pero puede que no: he observado que los que vuelven de la guerra o de los campos de concentración no quieren hablar de lo que han sufrido; Y lo mismo me pasa a mi. (8-I-1948)

Al igual que la gran mayoría de los refugiados, María vive su exilio francés con esa nostalgia que Sánchez Vázquez considera características del exiliado:

[S]e ve—sobre todo en los primeros diez o quince años del exilio— como un desterrado, en el sentido preciso del que ha perdido su tierra o ha sido arrancado de ella. Por esto, sus ojos miran más a la tierra perdida que a la hallada, y por ello, también, la nostalgia de aquella nubla o estrecha la visión de esta. Mirando lo que ha encontrado, sólo recuerda lo perdido. No importa dónde pose su mirada: una calle, un puente, una flor, un pájaro, el atardecer...Lo ausente pesa más que lo presente; el ayer o el mañana más que el hoy; lo ideal más que lo real y lo soñado más que lo despierto. En suma, lo perdido más que lo hallado. (249)

De ahí que a menudo los objetos que la rodean en su casa de Niza la transporten nostálgicamente a su hogar madrileño que sospecha ha sido ocupado dada su larga ausencia. En 1944, por ejemplo, escribe: “[t]engo en la mesa un ramo de rosas que me llevan el pensamiento a Chamartín. ¿Quién vivirá en mi casa?” (2-V-1944) .

Otras veces es el hambre lo que la sume en recuerdos de comida (que a veces tienen un toque cómico):

¿Qué riquísimo nos ha sabido tu pedazo de queso! Yo sueño que viene rodando por la carretera una fila de quesos manchegos seguida de un barrilito de miel que rueda detrás de ellos. ¡Cuando pienso que tantas veces se nos ha secado el queso en el aparador! No volverá a suceder. Pienso en los comestibles más inverosímiles: por ejemplo, arrope o bacalao o lentejas que no compraba casi nunca: me pongo a soñar en pestiños o torrijas, como antes soñaba en viajes maravillosos o en visitas de museos lejanos. Recuerdo la emoción que me causó mirar por vez primera el campo de Granada desde una ventana de la sala de Embajadores en la Alhambra o la Plaza San Marcos en Venecia, y pienso que no me la causará menor volver a ver sobre la mesa una magnífica rodaja de merluza frita o un plato rebosante de paella "con trozos" como dicen los alicantinos. (11-VI-1944)

Pero también encontramos destellos de esperanza en estas cartas que desplazan la nostalgia o, por lo menos, la acallan. Según Genevieve Dreyfus-Armand los exiliados en Francia vivían con la esperanza de volver a España inmediatamente después de la Liberación, esperanza que les duraría hasta principios de los años 1950, cuando Estados Unidos, entre otros países, reconoce el régimen de Franco y comienza a regularizarse la situación diplomática de España en el orden internacional. La esperanza del retorno a España provenía de la posibilidad de que se hundiera el régimen franquista “a semejanza de los regímenes hitleriano y musoliniano que ayudaron a los nacionalistas a apoderarse de España” (185). Y así vemos que en varias cartas anteriores a tomar la decisión de ir a América María Martínez Sierra plantea la posibilidad de su retorno a España.

El 2 de agosto de 1947 le escribe a Lacrampe que “por ahora no pienso ir a España”, con lo cual deja abierta esta posibilidad, y en otra carta de la misma época le comenta que “[o]tras veces pienso en irme a América para trabajar de firme el poco tiempo en que aun me quedarán fuerzas; otros días pienso en quedarme en España, aunque nunca en Madrid” (sin fecha). Si contempla el posible traslado a América, la esperanza de retornar a España parece mantenerla en Francia y es de sospechar que se agudiza después de la muerte de Gregorio en octubre del ‘47 y la exitosa operación de cataratas en el ‘48 cuando, por fin, puede reemprender su escritura, abandonada casi por completo durante dieciseis años al volcarse por completo en la labor política con el advenimiento de la República.<sup>5</sup>

Me dices—le escribe a Lacrampe—que si trabajo ahora que ya estoy acostumbrada a los lentes: sí, un poco he empezado a trabajar: no me falta la voluntad ni el deseo, ni la capacidad, pero es muy difícil encontrar mercado.... [P]royectos tengo muchos y buenas esperanzas también, pero no sé si estas serán ilusiones. Enfin, por el momento me tiene tan contenta haber vuelto a ver y poder trabajar que no me dejo entristecer demasiado por al situación paradójica en que me encuentro de haberme muerto en vida y tener que resucitar para seguir viviendo. Sería una novela sensacional, pero esa, precisamente, no la quiero escribir. (8-X-1948)

El fallecimiento de Gregorio fue una pérdida dolorosa para María ya que no solo le privó de un ser querido, sino que con él desapareció el nombre que había utilizado a modo de pseudónimo. Es por ello que se encuentra en lo que describe como “la situación paradójica [...] de haberme muerto en vida y tener que resucitar para seguir viviendo”. Será a partir de la muerte de Gregorio cuando volverá al mundo de las letras con un nuevo nombre—María Martínez Sierra—a

la vez que se dedicará a establecer la que sin duda había sido su autoría de la obra de “Gregorio Martínez Sierra” para poder cobrar los derechos de autor que la Sociedad de Autores Españoles le había estado pagando a Gregorio hasta su muerte. De ahí que diga en esta carta que tiene que “resucitar para seguir viviendo”.

A partir de 1947-48 mantiene su mirada fijada en España, ya que significa para ella si no el presente, sí el futuro en tanto que es el único lugar donde piensa puede colocar los nuevos textos en que está trabajando: la obra de teatro, Es así, y un libro de memorias. Aun sabiendo que vive en el “destierro” (Carta a Collice Portnoff 12-X-1948), vocablo que subraya la “pérdida de la tierra y la separación del suelo propio” (Guillén 97), la esperanza también parece desplazar la realización a la que llegarían inevitablemente todos los desterrados; que el exilio es “la expulsión del presente; y por lo tanto del futuro—linguístico, cultural y político—del país de origen” (Guillén 141).

Ejemplo de que aún mira hacia España como su futuro lo encontramos en una carta a su hermano Alejandro de 1949 en que le pone al día sobre los libros de memorias que está escribiendo:

Sí, la censura es terrible: España triste [título que luego se convertirá en Una mujer por caminos de España] no la admitirían puesto que son recuerdos de propaganda política. Es el que estoy escribiendo ahora porque me lo piden de Estados Unidos...El que más convendría para España es Horas serenas (Medio siglo de colaboración) [título original de Gregorio y yo] porque en él no se trata más que de vida literaria sin política ni religión. Si verdaderamente están dispuestos a publicarle, en cuanto termine con España triste empezaré con él.  
(26-III-1949)

Ese mismo año en otra carta a Alejandro le dice que “[p]robablemente aceptaré la proposición [de Aguilar] si me la hace, de Obras Completas de Gregorio Martínez Sierra ordenadas, corregidas y prologadas por María Martínez Sierra” [22-I-1949]. La propuesta de esta editorial nunca le llegó y, es más, se ha perdido la introducción que nuestra autora escribió para la edición.

“Aquí estamos como separadas por una pared de vidrio que no es nada y no nos permite acercarnos” le escribe a María el 28 de marzo, 1948. Esta acertada metáfora resume la problemática literaria y personal de María Martínez Sierra durante la primera década de su exilio ya que puede “ver” España a través del vidrio, pero no puede traspasar el obstáculo que ésta supone. Como dramaturga la “pérdida de la tierra” significa, ante todo, su desarraigo y desvinculación de los lugares, más concretamente de los teatros, que habían sido los principales espacios para la expresión de su producción literaria. No nos sorprende, por lo tanto, que le pida a Lacrampe que le envíe “en la primera carta el pedazo de cualquier periódico en que esté el anuncio de las funciones de teatro, porque me gustaría saber como anda este arte en Madrid.” (12-XII-1949).

A diferencia, por ejemplo, de los poetas exiliados cuya actividad cultural incluía la creación de revistas y de editoriales para poder publicar sus poemarios, los dramaturgos se encontrarían con una situación muy diferente y hartamente difícil ya que habían perdido sus teatros y su público. Discutiendo la problemática de Max Aub, José Monleón propone que este dramaturgo fue un autor “sin teatro donde cobijarse, sin público, personaje él mismo de una historia que le privó del espacio social, del sosiego, de la continuidad y del marco cultural donde posicionarse que necesita todo dramaturgo” (506). Para María Martínez Sierra acostumbrada a estrenar en los

más importantes escenarios de España ante un público que la había hecho famosa, la pared de vidrio le resultará ser irremontable y será emblemática de su largo exilio literario.

Coincide la decisión de María Martínez Sierra de partir hacia América con la pérdida de esperanza de los refugiados de que el régimen franquista se deslegitimase y, por lo tanto, que se hundiese.

En septiembre, si vienes, no estaré aquí. Hoy, al fin, he conseguido el visado para los Estados Unidos y si Dios continua dándome vida y salud, el 6 de septiembre embarcaré en Génova para intentar el nuevo descubrimiento de América. En todos sentidos, la vida se ha puesto imposible para mí en este paradisiaco rincón de Costa Azul....[E]l cuerpo y el alma me piden a gritos un poco de novedad y de vida propia antes de morirme, cosa que no me importa y que no puede tardar. Mas, por lo mismo, deseo morir con un poco menos de resignado aburrimiento. Veremos si lo consigo. Voy a trabajar desafortadamente—así lo espero al menos—. Tal vez ello me de la ilusión de que, por un momento, vuelve la juventud.... No me atrevo a pensar en la voluptuosidad exquisita de la primera taza de café que tomaré en el barco sin habérmela tenido que preparar. ¡Qué poco le pide uno a la vida pasados los setenta! (2-VIII-1950)

Quisiera hacer hincapie en el hecho de que María Martínez Sierra tiene 76 años cuando emprende su largo viaje exílico que la llevará desde Nueva York hasta Buenos Aires con escalas en Tempe, Arizona, Los Angeles y México D.F. A pesar de que la vida se le hubiese “puesto imposible” en Niza, es absolutamente notable que a su avanzada edad se atreviera a trasterrarse a América y, aún más, cuando cotejamos, por ejemplo, las estadísticas de las edades del primer grupo de refugiados que llegaron a México en el Sinaia. En éstas encontramos que la edad

promedio de los pasajeros era de 34 años y que no había ninguno que tuviera más de 75 años. Y, si la situamos entre la Generación del '98, grupo literario al que ella misma se sentía pertenecer, sabemos que el único que se hubiera mantenido en el exilio habría sido Antonio Machado, dado el caso de que hubiera sobrevivido más allá de unos cuantos meses tras su salida de España.

Si de por sí la cuestión de la edad en el caso de nuestra autora muestra su enorme valentía y espíritu de sobrevivencia, también creo que nos ayuda a describir uno de los enigmas que rodea la memoria—o mejor dicho, el silencio—de su destierro: el que rara vez se la incluya en las largas listas de intelectuales y escritores/as exiliados/as o en el canon de la literatura exílica. Claudio Guillén ha sugerido que al reflexionar sobre la producción literaria del exilio “conviene tener en cuenta la edad de la persona” en tanto que existen importantes diferencias entre el “desterrado adolescente [...] y la figura establecida (Thomas Mann, Juan Ramón Jiménez), capaz todavía de crecimiento, pero no de autodescubrimiento; y entre los dos, el escrito middle-aged que domina su arte pero aun puede cambiarlo o al menos modificarlo significativamente (Brecht, Generación del '27)” (142). En esta sugerente tipología María Martínez Sierra entraría a formar parte del grupo de las “figuras establecidas”, es decir de aquellos autores y autoras cuya escritura no se nutrirá ni se verá afectada por el nuevo lugar en que viven. A diferencia de Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, que continuó escribiendo en su exilio puertorriqueño y que ganó el Premio Nobel en 1956, María Martínez Sierra, fuera de sus dos libros de memorias publicados a principios de los años 50 y de la obra de teatro Es así que escenificaron los alumnos de la Universidad de Arizona, no estenó ninguna obra ni publicó ningún libro significativo en su exilio americano. Aunque en parte esto se pueda atribuir a que no encontrara teatros para estrenar, también podría ser que su mundo creativo e imaginación tenían poco que ver con el mundo que le rodeaba. Es interesante notar que en su gran mayoría los artículos que publicó en la prensa

argentina y las audiciones que escribió para Radio Nacional de este mismo país están relacionados con figuras literarias que pertenecen en su mayoría al pasado español.

En 1950 María Martínez Sierra, la que había sido infatigable escritora, sale de Francia rumbo a Nueva York, llevando en la maleta una nueva obra de teatro Es así<sup>6</sup>, España triste (Una mujer por caminos de España)<sup>7</sup>, y otro libro de memorias a medio escribir, Gregorio y yo<sup>8</sup>.

Analizando la trayectoria de su viaje nos damos cuenta que ésta fue fijada y determinada, significativamente, por el trabajo; es decir que todos los lugares en que recaló (Nueva York, Tempe, Los Angeles, México) hasta fijar su residencia en Buenos Aires eran sitios en los cuales tenía asuntos de negocios que resolver, cuestiones de derechos de autor, por ejemplo, o en los cuales tenía la esperanza de poder estrenar o publicar sus nuevas obras.

Así, el que María fuese a Nueva York en vez de a México, a donde estaban en gran parte sus amigos y compañeros de partido, se debe a que en la capital literaria norteamericana tenía negocios pendientes con su agente (entre ellos el pago completo de las “royalties” de Canción de cuna que se habían interrumpido en 1939) y con algunos editores que habían mostrado interés en su nueva obra Es así. Cabe recordar que en los años 20 la obra de “Gregorio Martínez Sierra” había gozado de alguna fama en Estados Unidos y que María aun mantenía algún contacto con el traductor de su obra. Por lo tanto Nueva York representaba para ella la posibilidad de reestablecer las importantes conexiones literarias que se habían truncado a partir de la guerra civil, relaciones que pensaba le podrían traer ingresos. También aprovecha su breve estancia en Nueva York para buscar una agencia literaria que se ocupe de colocar sus libros, principalmente España triste y otros artículos (carta Collice 12-X-1950). Sin embargo y a pesar de haberse dedicado a intentar recrear el espacio literario que de antaño había ocupado, Nueva York no le brindó nuevas oportunidades. En una carta a su traductora y apoderada Collice Portno ff le

escribe que “[a]quí estoy perdiendo un poco el tiempo, pero no hay más remedio” ya que “[n]o quiero marcharme de New York hasta resolver esto (la publicación de España triste) y ver si consigo unas cuantas colaboraciones fijas en algunos periódicos que me aseguren una pequeña ganancia para este invierno. Si me quedara en New York tendría lecciones y algunos trabajos de traducción con que ganarme bien la vida” (carta a Collice 12-X-1950).

Después de poner en escena Es así en Tempe, Arizona marcha a Los Angeles, donde piensa que tiene la posibilidad de vender algunos guiones cinematográficos en tanto que la obra de “Gregorio Martínez Sierra” no era del todo desconocida en Hollywood entre otras razones porque el mismo Gregorio había pasado por la meca del cine intentando colocar algunas de sus obras (carta a Collice 12-X-50). Pero “los asuntos [...] van despacio” en Hollywood, le escribe a Lacrampe desde Los Angeles, su última parada en Estados Unidos. Añade: “Me marcharé a México dentro de dos semanas. En México, mientras llegan los grrrandes resultados, si llegan alguna vez, podré hacer trabajo más positivo y modesto que me asegure el pan de cada día. Allí tengo buenos amigos políticos y personales” (2-I-1951). Sin embargo, a pesar de los amigos y de algunas traducciones que hizo para “asegurarse el pan de cada día”, en México no se sintió cómoda física ni literariamente. A los ocho meses de llegar decide dejar el país:

Me marchó—espero—el día 25 para la Argentina,— le escribe a Lacrampe—porque aquí en teatro no se puede hacer nada—no están los mexicanos lo bastante civilizados para entenderlo y les basta con el cine, con tal de que sea de crímenes y porquerías, para su diversión. En Argentina, parece que hay teatros formales como en Madrid y como el arte dramático es mi oficio, allá me voy para ganarme la vida y ahorrar si puede algo para la extrema vejez. (8-IX-1951)

A diferencia de los muchos refugiados que pudieron acoplarse a México, entre otras razones por el sentimiento de inmenso agradecimiento que sentían por el país que se había portado tan generosamente con ellos, María Martínez Sierra como dramaturga vio al igual que Max Aub, por ejemplo, las inmensas dificultades para desempeñar su arte, aunque como le cuenta a Lacrampe en esta misma carta cuenta: “He trabajado aquí bastante: he hecho una traducción del inglés; he corregido también del inglés una traducción ajena que estaba muy mal hecha; estoy casi terminando mi libro HORAS SERENAS. He dado unas cuantas conferencias literarias”.

Pero Buenos Aires tampoco le brindaría las oportunidades teatrales que ella anhelaba. A los pocos meses de su llegada a la capital argentina le escribe a Lacrampe que:

Ahora he terminado una comedia y estoy buscando asunto para otra (No sé para qué, ya que aquí es casi imposible estrenar porque hay una disposición que obliga a los teatros a estrenar casi exclusivamente obras argentinas y no encuentro teatro. Voy a ver si me busco un colaborador aunque sea sólo de nombre que consienta en firmar conmigo cobrando la mitad, y así puede que consiga algo. Veremos; Ahora ando yo por el mundo ofreciendo trabajo sin que nadie lo acepte, y me da rabia trabajar pensando que mis obras darán dinero cuando ya mis cenizas aventadas a los cuatro vientos hayan desaparecidos. Paciencia. (14-VI-1952)

Algo parecido le había ocurrido a Rafael Alberti que había llegado a Buenos Aires con una obra teatral lista para estrenarse. Según Monleón, “[e]l problema, como el escritor contó a su vuelta, fue la dificultad de estrenar, la evidencia de que las circunstancias, en su caso el giro a la derecha del gobierno argentino, colocaron al exilio español bajo sospecha, al punto que el autor decidió trasladarse a Italia” (507). No deja de ser irónico que para poder estrenar se le ocurra a María Martínez Sierra un plan que recuerda al arreglo que mantuvo tantos años con Gregorio,

cuyo resultado, como bien sabemos, ha sido el que se haya borrado su colaboración en la obra de “Gregorio Martínez Sierra”. Pero, sin embargo y a pesar de que de entrada Buenos Aires no le proveyó las oportunidades deseadas, María aun tenía un proyecto importante que terminar:

Gregorio y yo.

Si la nostalgia por lo perdido permea la vida y la escritura de los exiliados, la melancolía también aparecerá como un importante rasgo en su producción literaria. Sin embargo y a diferencia de otros libros de memorias escritas en el exilio en los cuales la melancolía informa el texto—recordemos que la autobiografía de María Teresa León se titula Memoria de la melancolía— en Gregorio y yo no es este el caso hasta que finalmente irrumpe la melancolía en el último capítulo titulado “En la otra orilla”, uno de los *topoi* más repetidos en la literatura exílica.

A modo de explicación, es importante notar que cuando comienza este libro de memorias en Niza apenas ha pensado en la posibilidad de trasladarse a América. Aunque, como hemos visto, en Niza se siente desterrada, no puedo sino suponer que la realidad de lo que significa el exilio sólo se le hará patente cuando después de cruzar un mar y un continente se establece en Buenos Aires. Es por eso que no se acusa en Gregorio y yo la melancolía tan típica de los exiliados hasta el último capítulo que escribe en el punto final de su viaje. Así, el viaje psíquico del duelo se juxtapone al viaje real que la lleva hacia el exilio del que no ha de volver. Si puede remontarse a la aflicción de la pérdida de personas queridas (Gregorio, su hermana Nati, etc...), el exilio será la causa del desencadenamiento de la melancolía cuando María, finalmente, acusa la pérdida de su país. A diferencia de otros refugiados que, en palabras de José Pascual Buxó “rememoran las horas de desdicha con el mismo orgullo con que hubieran celebrado una victoria” (Caudet 490), así, al final de Gregorio y yo María es incapaz de contener y frenar su

melancolía, pero, como la hemos visto hacer en otras ocasiones, opta por acallar su angustiada narrativa escondiéndose en un abrupto final:

Me detengo. Este repasar viejas memorias se van transformando de gozo en angustia. A fuerza de evocar sombras—casi todo lo que fue mi vida ha desaparecido—antójaseme que soy una sombra también. No seguiré. No puedo seguir. No quiero seguir. Cierto, la memoria es arca sellada y mágica: una vez entreabierta, deja escapar recuerdos inagotables, pero ¿vale la pena? (392-3)

Empecé diciendo que lo que me interesaba de las cartas de nuestra autora era que en ellas se registra la cotidianidad del exilio al que rara vez tenemos acceso, particularmente con relación a los/las escritores/as de la España peregrina. En el día a día del exilio de María Martínez Sierra hemos visto, entre otras muchas cosas, las dificultades de la sobrevivencia física y psíquica a la vez que hemos entrevisto los cambiantes estados de ánimo que compartió con la inmensa mayoría de la diáspora republicana. La esperanza, la nostalgia y la melancolía, aunque presentes en mayor o menor medida en las cartas, coexisten con la imperiosa necesidad de trabajar no solamente para sobrevivir, sino también para seguir creando, es decir, viviendo. Quizás sea el filósofo exiliado Adorno el que mejor haya articulado la relación entre el destierro y la escritura cuando en Minima Moralia establece que “para el desterrado, la escritura se convierte en su único lugar” (87)<sup>9</sup>. Esta fue la realidad de los escritores en el exilio que pudieron encontrar su nuevo lugar-hogar en y por medio de su escritura. La tragedia de María Martínez Sierra, la infatigable escritora y optimista, es que nunca logró poner en escena ninguna de las pocas obras de teatro que escribió en el exilio. A pesar de ello, siguió escribiendo no solamente para poder sobrevivir económicamente, sino para sentirse viva. En 1954 le escribía a La Crampe desde Argentina que:

Te dejo para ir a terminar un buñuelito sentimental que estoy escribiendo para una revista para señoritas: se titula esta mi última obra maestra “Recuerde su amor primero”. ¡Figurate! Pero, hay que ganarse la vida y hoy he tenido que pagar 150 pesos por arreglo de mi máquina de escribir. (29-VIII-1954)

Y todavía en 1968, a los 94 años, le escribe a su amiga que:

Ahora todavía trabajo muy poco...unos cuantos artículos para La Prensa, que es uno de los dos grandes periodicos de Buenos Aires...lo que si he hecho es traducciones para la Editorial Losada y para la casa Hachette. Ahora vuelvo a pensar en hacer algo que valga la pena, pero los días son muy cortos y con la luz artificial me costaría demasiado esfuerzo...(20-V-1968)

Alda Blanco  
Universidad de Wisconsin-Madison

## OBRAS CITADAS

- Adorno, Theodor. Minima Moralia. London: Verso, 1974.
- Blanco, Alda. Introducción. Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración. De María Martínez Sierra. Valencia: Pre-Textos, 2000. 11-42.
- . Introducción. Una mujer por caminos de España. De María Martínez Sierra. Madrid: Castalia, 1989. 7-46.
- . “María Martínez Sierra: Figura política y literaria.” Estreno 29 (2003): 4-9.
- Caudet, Francisco. Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1997.
- Dreyfus-Armand, Genevieve. “El exilio republicano en Francia”, Exilio, Fundación Pablo Iglesias: Madrid, 2002, 179-193.
- Guillen, Claudio. El sol de los desterrados: Literatura y exilio. Barcelona: Quaderns Crema, 1995.
- Fundación Pablo Iglesias. Catálogo de la exposición Exilio. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2002.
- Martín Casas, Julio y Pedro Carvajal Urquijo. El exilio español (1936-1978). Barcelona: Planeta, 2002.
- Martínez Sierra, María. Cartas inéditas a María Lacrampe. Fundación Ortega y Gasset. Madrid.
- . Cartas inéditas a Alejandro Lejárraga. Archivo María Lejárraga. Madrid.
- . Cartas inéditas a Collice Portnoff. Archivo María Lejárraga. Madrid.
- . Carta inédita a Matilde de la Torre. 29 diciembre 1944. Archivo Lamonedá, ARLF 166-22. Fundación Pablo Iglesias. Madrid.

Monleón, José. “Una dramaturgia irrecuperada”, Actas del primer congreso, vol 2. Manuel

Aznar Soler (ed). Barcelona: GEXEL, 1998. 491-512.

Said, Edward W. Reflections on Exile and Other Essays. Cambridge: Harvard UP, 2000.

Sánchez Vázquez, Adolfo. “Miradas sobre–y desde–el exilio”, Exilio, Fundación Pablo Iglesias:

Madrid, 2002, 247-251.

Todorov, Tzvetan. Hope and Memory: Lessons from the Twentieth Century. Princeton:

Princeton UP, 2003.

---

<sup>1</sup> La exposición tomó lugar en el madrileño parque del Retiro desde el 17 de septiembre 17 hasta el 28 de octubre, 2002. Ver el Catálogo de la Exposición.

<sup>2</sup> Ver mis introducciones a Una mujer por caminos de España y Gregorio y yo.

<sup>3</sup> He aquí los datos cronológicos de aquel exilio: A los pocos meses de empezada la guerra, María Martínez Sierra sale de España con destino Suiza donde representará al gobierno de la República. En 1938 se encuentra en Bélgica organizando la acogida de los niños que habían sido evacuados de España (principalmente del País Vasco y Asturias) al caer estas dos regiones en manos fascistas. Al finalizar la guerra reside como refugiada política en Niza hasta que en 1950, a los 76 años, decide continuar su exilio en Estados Unidos de donde se traslada a México D.F. en 1950 y, de ahí, en 1951, a Buenos Aires, donde muere en 1974.

<sup>4</sup> Aunque aún no se han estudiado sus actividades políticas y sus contribuciones a la prensa socialista en el sur de Francia sabemos que entre 1944 y 1946 publicó por lo menos 5 artículos en el periódico Adelante que comienza a editarse en 1944 en Marsella y se subtitula “Organo del PSOE y portavoz de la UGT de Bouches du Rhone” y que a partir del número 27 pasa a subtitularse “Boletín interior de información del PSOE y de la UGT de Bouches du Rhone”. Le debo esta importante información a Juan Aguilera Sastre.

<sup>8</sup> El último libro de “Gregorio Martínez Sierra” es Nuevas cartas a las mujeres de España publicado en 1932.

<sup>6</sup> Esta obra es representada por los estudiantes de la Universidad de Arizona en 1950.

<sup>7</sup> Libro de memorías en que cuenta sus experiencias de propagandista durante la República, que finalmente y después de un sin fin de problemas que he contado en otro sitio, se publicará en Buenos Aires en 1952. Ver mi artículo “María Martínez Sierra: Figura política y literaria”.

<sup>8</sup> Este libro de memoria le había sido imposible publicar en España a pesar de que trataba únicamente de su vida literaria.

<sup>9</sup> La traducción es mía.